



29 de noviembre de 2024

Sordos

Por: Macario Schettino

El Financiero

Uno oye lo que quiere oír, y entiende lo que quiere entender. Si esto es cierto para todos los seres humanos, lo es más para quienes no están acostumbrados a escuchar. Viene a cuento por la llamada telefónica de los presidentes de México y Estados Unidos. De acuerdo con la Presidenta de México, se informó a Trump de lo que se viene haciendo en México con respecto a los migrantes. De acuerdo con Trump, se le prometió hacer lo que no se ha hecho.

Al respecto, hay un claro avance frente a la carta, estilo el viejo gobernante, que se presentó a medios antes de enviarse al destinatario, y la llamada telefónica. Eso de usar datos para convencer al vecino, cuando no se aceptan datos para lo doméstico, no tiene mucha defensa. Pero, además, considerando al vecino, tampoco tiene sentido.

Era mejor llamar desde el principio, aun considerando que cada uno se quedaría con su propia interpretación de lo comentado. Por eso, el comentario público de la mandataria local descalificando lo que entendió el otro es algo absurdo. Se trataba precisamente de que nadie entendiera nada, sino lo que quería entender. Como dice el viejo cuento, ¿para qué seguir hablando si ya había vendido el camello?

El ardid de Donald J. Trump del lunes pasado era muy evidente. Amenazaba a Canadá y México con aranceles extraordinarios, a menos que propusiesen soluciones a los problemas que él considera más importantes: migración y seguridad. Los gobernantes de los dos países amenazados, telefónicamente, le dieron satisfacción. Ofrecieron lo que ya hacen, pero como si lo fuesen a hacer, o al menos así lo entendió el energúmeno naranja, y eso era lo importante.

Trump buscaba dar un primer susto que le permita tener una posición ventajosa en las negociaciones que iniciarán cuando llegue formalmente a la Presidencia. Negociaciones que tienen que ver con seguridad, migración, comercio, pero que al final dependen de cómo Trump puede responder a sus votantes. Ganó diciendo que los otros no resolverían esos problemas, de forma que él debe dar la apariencia, al menos, de que avanza en ellos.

Para lograrlo, puede de verdad expulsar cientos de miles de personas, tal vez millones; puede lanzar ataques directos a donde él cree que están los cárteles, o expedir sanciones al sistema financiero mexicano, incluyendo las remesas; puede rechazar la renegociación del T-MEC argumentando las amplias violaciones de México al acuerdo. Cada una de esas decisiones puede resultar en un daño severo al funcionamiento de nuestro país.

Para evitarlo, sería necesario que hubiese un frente común, como el que sugeríamos hace días. No un grupo de empresarios, ni los políticos del grupo hegemónico. Se requiere una coalición muy amplia, incluyente, binacional, que no se limite a lo que ese grupo hegemónico entiende, que es muy poco.

Eso, sin embargo, parece ir en contra de lo que el gobierno mexicano está dispuesto a encabezar. Como decíamos al inicio, ni el gobierno de acá, ni el de allá, se caracterizan por su capacidad de escuchar a los demás. Ni entre ellos se oyen, menos aún a los que desprecian.

Pero el futuro de las dos naciones, o las tres, si nos olvidamos del desprecio canadiense de los últimos días, no depende de una sola elección, ganada por los pelos (aunque parezca abrumador el resultado). La mitad de los mexicanos no coincide con la propuesta de su gobierno; la mitad de los estadounidenses no coincide con el suyo. Dinamitar la región más

poderosa del mundo nada más por cuidar personas con serias deficiencias emocionales, no es aceptable.

Hay tiempo para construir las coaliciones, para realmente definir la estrategia norteamericana. No se puede dejar en manos de interlocutores telefónicos que no escuchan.

Sordos

Por: Macario Schettino

El Financiero

El “humanismo” y la prisión preventiva oficiosa
Por: Carlos Puig
Milenio

Ahora ha quedado claro lo que desde hace mucho tiempo, antes que gobernara Morena el país, los políticos mexicanos ya querían: más prisión preventiva.

Hay una lógica detrás de esto: en la medida que policías, pero sobre todo fiscalías, no hacen su trabajo en cualquier proceso para llevarlo ante un juez y se decida después de que cada parte ejerza sus derechos, la solución es meter a la cárcel a aquellos que se les cree responsables de algún delito sin averiguar mucho más. Buen incentivo para plantar una bolsita con droga o que le “encontraron” un arma al detenido o acusarlo de un delito “grave”, aunque la evidencia diga que no lo fue. Llevamos años con esto. La prisión preventiva oficiosa no es más que una confesión de parte del Estado mexicano que su sistema de procuración de justicia, el que debería ser, el que las organizaciones internacionales marcan, no funciona; y por eso hay que encontrar otras salidas. Meter a la mayoría posible a prisión.

A nadie sorprende que los gobernadores sean fans de la medida, ni que en las encuestas el resultado sea que una mayoría de la población está a favor de meter gente a prisión; en un país con los problemas de seguridad y violencia que tenemos la narrativa sencillita, por cruel que sea, se impone. El fenómeno Bukele no es una casualidad y sí, es popular.

Es importante recordar que esto es solo un cuento, una narrativa.

Hace muchos años que en el país existe la prisión preventiva oficiosa, aunque en menos delitos que los que ha acumulado el morenismo, y su efecto real en los niveles de seguridad y violencia no se notan. Aunque alguien argumentará que sin eso serían peores, es decir, peor infierno.

En los hechos, la nueva reforma, que suma nuevos delitos a la de por sí larga lista, contradice de frente otro principio constitucional, el de la presunción de inocencia. Pero a quién le importa.

A esto hay que sumar el lío que será el nuevo Poder Judicial durante su transición y después de ella.

Más gente en prisión sin juicio, menos recursos para esas prisiones, los más vulnerables son a los que peor les va en estos procesos que tardan años, muchos años.

A eso le llaman humanismo mexicano.

Tal vez sería hora de cambiarle el nombre al movimiento.

El “humanismo” y la prisión preventiva oficiosa
Por: Carlos Puig
Milenio

Silvia, un caso de la vida real
Por: Guadalupe Loaeza
Reforma

Hace muchos años vino Silvia Pinal a comer a mi casa. De adolescente yo ya la conocía porque era la madrastra de mi mejor amiga, en la época en que ella estaba casada con Gustavo Alatriste; entonces, Gaby me platicaba del guardarropa en su residencia del Pedregal de San Ángel, donde colgaban largos abrigos de mink y chinchilla.

Alatriste era un productor y empresario muy rico. Dueño, entre otras cosas, del hotel y de la mueblería Francis, que estaban en Paseo de la Reforma. Alatriste no le negaba nada; la adoraba. Mi amiga me decía que Pinal era la madrastra más buena y divertida del mundo y que qué diferencia con Ariadna Walter, de la que su padre se acababa de divorciar.

Gaby imitaba en todo a la Pinal y me contaba que en la sala de su casa estaba el retrato que le había pintado Diego Rivera en 1955. Las dos teníamos 15 años y nuestra máxima ilusión era ser artistas de cine. También yo quería ser como Pinal, tener la misma cinturita, bailar cha-cha-chá, contar con unos hombros redondos y tener una sonrisa irresistible.

Cuando veía sus películas admiraba su gracia natural, su "ángel" y su desparpajo. Admiraba que fuera tan femenina y tan coqueta. Atractiva como la encontraba, de alguna manera Pinal me recordaba, cuando era joven, a la actriz italiana Silvana Mangano, intérprete de la película Arroz Amargo, artista que le encantaba a mi padre. En 1995, cuando ya era yo periodista y Pinal acababa de divorciarse del Gobernador de Tlaxcala Tulio Hernández, nos reunimos en su casa, siempre en el Pedregal, para hablar de la posibilidad de convertir en telenovela "Las Niñas Bien" (1985).

En esos años, Pinal tenía un programa muy exitoso que se llamaba Mujer, Casos de la Vida Real, el cual permaneció al aire 21 años. La producción que me proponía "trataría de mostrar la frivolidad, lo poco patriotas, lo sacadólares de las esposas de los políticos y de los empresarios millonarios".

No acepté la propuesta de Pinal por temor a que hubieran desvirtuado mi libro. "Tenme confianza, pondría a gente especializada para darle un tratamiento especial, que yo escogería a las actrices, el vestuario y los diálogos, todo estaría bajo mi control", me dijo con mucha seguridad. Me acuerdo que no me atrevía a decirle que no a Pinal. La admiraba mucho, especialmente como actriz de sus películas dirigidas por Luis Buñuel, de El Inocente, que hizo con Pedro Infante, y otras. Entonces ya había sido senadora e integrante de la Asamblea del Distrito Federal, en donde se ocupaba de la cultura.

Cinco años después, en agosto de 2000, Pinal me llama por teléfono y me dice: "Invítame a comer a tu casa". Así lo hice, encantada de recibirla en "petit comité". Ese año aparecían prácticamente todos los días en la prensa notas en relación a la orden de aprehensión en su contra por un presunto fraude genérico que ascendía a 9.5 millones de pesos, que la actriz había realizado en su calidad de presidente de la Asociación de Productores de Teatro (Protea). En ese tiempo ella vivía en Miami y aparecía en la televisión muy angustiada, nerviosa y deprimida. Era igualmente investigada por una defraudación calculada en 190 millones de pesos. Alejandro Gertz Manero, que fue Secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal y ahora es el Fiscal General de la República, estaba detrás de ella.

Cuando vi llegar a Pinal a mi casa, me sorprendió y me dio mucho gusto, se veía mucho más joven que los 63 años que tenía entonces. Y a partir del momento en que las dos nos tomamos un tequilita, ella me abrió su corazón y empezó a platicarme todos los sinsabores que había tenido en su vida. En primer lugar, lo que padeció por la muerte de su hija Viridiana Alatriste, a los 19 años, el 25 de octubre de 1982. "Me enteré cuando acababa de

llegar de una fiesta, y estaba vestida toda de rojo, así me fui a Gayosso y todo el mundo me miraba con ojos de reproche. No entendían que no había tenido tiempo de cambiarme. Estaba como una loca", me decía, con lágrimas en los ojos.

Después me habló del amor de su vida, Gustavo Alatríste, que jamás la había abandonado y siempre procuraba protegerla. "Fui muy feliz con Gustavo. Él fue el que me presentó a Luis Buñuel y le pidió que me contratara. Gustavo era muy inteligente, guapísimo. La que era insoportable era mi suegra, que vivía en Guadalajara". Mientras me contaba todo lo anterior, la sentía muy humana, frágil e incluso sola. Era evidente que necesitaba hablar con alguien.

Enseguida hablamos de sus hijas, de la competencia que tenía con ellas, especialmente Sylvia Pasquel. "Me imita en todo. Se viste y habla como yo. En el fondo, me tiene mucha envidia. En cambio, Alejandra hace lo que puede: es muy creativa, llena de vida y de proyectos. A veces sí me saca canas verdes". Cuando le advertí un gesto de más amargura fue cuando me habló de Enrique Guzmán, con quien se casó en 1967. "Antes de casarnos, estábamos enamoradísimos. Un día, de plano estacionamos el coche en una de las calles del Pedregal y empezamos a besarnos con tal pasión y excitación que de pronto aparecieron dos motociclistas, que nos querían llevar a la cárcel por faltas a la moral en la vía pública. Después de casarnos, Enrique comenzó a pegarme. Era una violencia terrible. Yo sufría muchísimo. Me aguantaba porque teníamos un programa de televisión con mucho éxito que se llamaba Silvia y Enrique. Fue la peor época de mi vida...".

Esa tarde, Pinal me contó todo acerca de sus problemas legales. Decía que todo era injusto, que Gertz era de lo peor. "No sé qué voy a hacer, el caso es que ya no tengo dinero", repetía una y otra vez.

Nos despedimos sintiéndonos muy cercanas. Ella se había convertido en el típico ejemplo de un caso de la vida real de una mujer. No me queda más que decirle a nuestra estrella de cine preferida, Silvia Pinal, descansa en paz.

Silvia, un caso de la vida real
Por: Guadalupe Loeza
Reforma